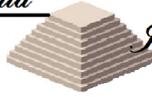


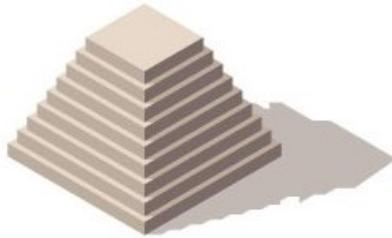
*Socorro Santis de Ávila*



*Julietta: Toda una dinastía*

# *Julietta*

*Toda una dinastía...*



**Socorro Santis de Ávila**

Autores Editores  
Bogotá Colombia -2021-



## **Julieta Toda una dinastía**

Autor y producción ejecutiva: Socorro Santis de Ávila

[sosantisdavila\\_dea@hotmail.com](mailto:sosantisdavila_dea@hotmail.com)

Primera Edición 2021

Edition Copyright 2021 Socorro Santis de Ávila

Dibujo y diseño de portada

Andrea Carolina Casadiego Ávila

Portada:

Nueve escalones de luz

cual pirámide de vida en crecimiento

*...y en su cúspide me detengo...*

Dirección General: Libardo Ariel Blandón Londoño

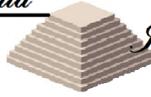
Edición: Ariello Editores

[www.Ariello.net](http://www.Ariello.net)

ISBN: 978-958-49-2285-4

### ***Todos los derechos reservados***

Es un delito la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright. Únicamente, se podrá reproducir párrafos parciales del mismo



NONATA

Salmo 71 Vers. 6 al 9  
Desde el seno de mi madre  
me apoyé en ti y  
Tú me adoptaste al nacer

En tibia cuna uterina dormita feliz criatura.  
Su nacimiento peligró.  
Tu Voluntad...  
¡es la vida!

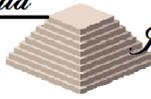
En sus nostalgias te sigue.  
En su alegre trasegar  
ella te canta  
y te escribe.

Con el sol a sus espaldas  
su espíritu no lo advierte.  
Porque Tú...  
eres su sombra  
¡su futuro y su presente!

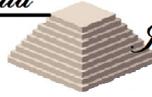
---

2019

*Socorro Santos de Ávila*



*Julietta: Toda una dinastía*



## MI EPIFANÍA

Extasiada en oración ¡Señor!

Trasciende mi espíritu.

Arrobada vislumbro y subo, nueve escalones de luz cual pirámide de vida en crecimiento. En su Cima me detengo y veo...

El Universo perfecto que en siete días creaste.

Un hombre y una mujer, en el séptimo formaste

¡Maravilloso Siete!

Infinito principio, recrea la vida en ciclos de siete en siete y alcanza cúspide de madurez, para reflexionar y comenzar un decrecer.

Un nonato, podría abandonar su cuna intrauterina si fuere preciso y sin graves riesgos, a partir del séptimo mes de gestación -sietemesino- o, permanecer hasta los nueve meses y completar su tiempo.

¿Qué le espera allá afuera?

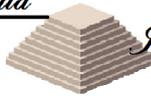
Un mundo por conocer / y se apresura a nacer.

Brazos y piernas agita / con contracciones de dicha / sacro vientre de mamá.

Ella en su dolor advierte / ya mi hijo ha de llegar.

Lloran de felicidad / la madre y el nuevo Ser.

Crece y desarrolla habilidades motoras. Con alegría y sin temor sube su primera escala.



¡Siete meses!

Ya quiere hablar y correr / pero se cansa y espera / para sentarse otra vez.

Luego camina y se cae / asustado se levanta.

Solito sube otra escala.

¡Siete años!

Tiene uso de razón y cree que todo lo sabe porque ya todo lo entiende. Su cuerpo, motorcito de energía, lo lleva lo trae y lo sube otro escalón.

¡Catorce años!

Hermoso e inteligente adolece de todo, pero siente que el mundo es suyo y no se deja llevar. Según él, los padres y los abuelos, son anticuados. Tropieza por aquí, tropieza por allá, pero se curte y aprende, Su inteligencia y su fuerza, demuestran capacidad y adaptación al entorno.

¡Los veintiuno!

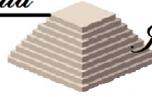
Sin vuelta atrás, comienza a madurar. Está presto a ser, quien quiere y sus metas comienzan a proyectarse, en horizonte multicolor:

¿Padre de familia, gran profesional, importante empresario? ¿Místico predicador, artista, escritor?

Continúa escalando.

¡Los veintiocho!

Se detiene y mira atrás. Aún puede rehacer su vida si no está satisfecho o quizás, aquellos ‘cuatro escalones



pendientes por subir' -que en mi éxtasis yo vi-, le muestren buenas expectativas y con alegre energía continúe el ascenso. Cada peldaño que suba sería más firme y seguro para avanzar... otros siete años.

¡Treinta y cinco!

Prudente edad. Tiene sus manos colmadas de logros y está listo para continuar.

¡Cuarenta y dos!

Belleza y plenitud en incipientes canas.

Algunas huellas de edad / en su cuerpo y en su cara.

Descansa, medita, espera.

¡Cuarenta y nueve!

Rejuvenecido, siente la presencia del Altísimo y continúa para alcanzar, la meta de ascenso. Noveno peldaño.

Cincuenta y seis.

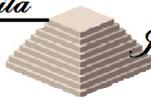
¡Bendito eres Señor!

Rodeado de afectos, curtido de experiencias, está en la Cima de su vida, pero debe continuar, para bajar tantos escalones como Dios le permita, con sus propios talentos y fuerzas.

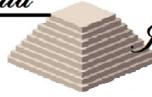
Apoyado en su familia y con las energías de un espíritu rejuvenecido, bajará cada escalón, para descender a la Sima de una Pirámide que su vida construyó:

¡Su vejez, su ancianidad!

*Socorro Santos de Ávila*



*Julietta: Toda una dinastía*



## PRESENTACIÓN

Gestar un tercer hijo literario ¿es voluntad tuya Señor?  
Tú eres mi especialista, Tú cuidarías de él.  
Y entre pañales de historias  
ribeteadas de poesía  
¡Parirlo será tu Ley!

---

Plasmar en presente imágenes de culturas casi olvidadas,  
es hacer homenaje a cinco generaciones que moldearon  
el carácter de mi personaje.

Fusiona herencias ancestrales, de una familia de la costa  
Caribe, que compartió sus vidas a comienzos del siglo  
XX, con padres, abuelos y bisabuelos de ascendencia  
europea y asiática nacidos a mediados y finales del siglo  
XIX.

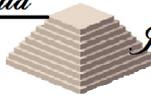
En ellos la familia, el lenguaje, las costumbres, el trabajo,  
la cultura y el arte, el canto y la música, fueron una  
constante de voluntad, para aprender y crecer en caminos  
de Fe.

Dedico este trabajo a Dios.

Él es manantial luz y guía

¡Es mi bastón!

Es fuerza y fortaleza segundo a segundo,



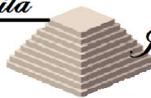
en mi reinvento y alegría por vivir.

Doy gracias a Él  
por mi esposo, fiel compañero.

Por mis tres hijas,  
siembra y cosecha de Su Voluntad.

Por su Presencia y Gracia  
en mis ocho nietos:  
Corona de mis canas, postre de mi edad.

¡Bendito eres por siempre Infinito Alfa... Omega  
infinito!



## PRÓLOGO

Al mundo lo pueblan las historias; todos somos historias. Algunas trascienden las fronteras geográficas, otras las sociológicas, y unas más las cronológicas. Pero no hay un solo ser sobre la tierra que no tenga una historia, que no sea una ella misma. Cuando no somos directos protagonistas, ya sea porque nuestras gestas sean consideradas simples, o porque no tuvieron grandes repercusiones políticas o sociales, al menos somos personajes de reparto —esto no quita mérito al valor existencial del ser humano— que compartimos tiempo y espacio con otras personas que de una manera u otra sí trascendieron el rótulo de “importantes”.

La realidad es que cualquier persona, por anodina que parezca, siempre tendrá un perfil de importancia, si se le sabe encontrar a la cámara narrativa, el ángulo preciso de donde sacarle los actos y emociones necesarias para hacer de una vida, en apariencia anónima, una historia que valga la pena contar, que llegue a las manos de un público lector ansioso de hechos que vayan más allá de lo rutinario, de la mirada por la ventana que se aburre ante la calle vacía y la carencia de eventos que son la sal y pimienta de la existencia.



En la novela *Julieta, toda una dinastía*, de la escritora Socorro Santis de Ávila, la historia inicia en un humilde pueblo —puede ser cualquier pueblo de la costa colombiana—, y las vidas de los personajes comienzan a cruzarse tejiendo historias que dan lugar a toda la dramática que la existencia pueda tener, episodios que van más allá de clases sociales, credos, etc. Pero es sobre todo una saga familiar, la lucha de una estirpe por salir adelante, de sobreponerse a los distintos embates que depara la vida, al crecimiento de “siempre adelante”, de tener en los ancestros las mejores experiencias en superación de obstáculos. Sin embargo, en medio de todas las dificultades, la unión familiar supera con creces las horas difíciles.

También nuestra autora, Socorro Santis, nos hace un recorrido por la tradición de nuestros pueblos de la costa Caribe, su culinaria, costumbres, formas de vestir, etc., pero no por ello esta es una novela exclusivamente costumbrista, porque pecaríamos de reduccionistas, ya que esta obra tiene elementos de gran vitalidad y variedad literaria. Es la forma creativa de utilizar y aprovechar el espacio geográfico como escenario donde tomarán vida todos los personajes paridos de su mente lúcida y generadora, es la ubicación necesaria para que el



lector pueda armar en su propia mente de una manera casi original, el desarrollo de esta hermosa y al mismo tiempo intensa historia, de hacerse partícipe de las vivencias y lecciones de vida de Julieta.

La novela *Julieta, toda una dinastía*, es, ante todo, un monumento a la familia, a la unidad, al amor y afecto entre las generaciones en medio de todas las peripecias que la vida implica en tu totalidad, el respeto y sabiduría que se recibe cuando se aprende a mirar al mayor como depositario de unos valores ancestrales que permitirán que se solidifique la unidad y la armonía. Es una gran lección de vida, sin que la obra tenga *per se* este propósito especial. Es una de sus muchas lecturas, pero que a mí, en lo personal me conmovió, ya que siempre he tenido en gran estima la unión familiar.

La autora hace gala en la obra de un lenguaje sencillo, que no simple —porque cuesta mucho tiempo y practica llegar a ser preciso en el arte narrativo—, sin adornos innecesarios y distracciones que hacen perder el hilo de las historias. También nos vamos a encontrar con pinceladas de mucha poesía, tanto en las expresiones como en las descripciones de escenas y paisajes. Pero un elemento destacable es el ritmo constante que usa

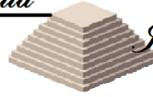


Socorro Santis de Ávila en esta saga, que mantiene al lector sujeto al vaivén de los acontecimientos, pendiente de qué sucederá, qué viene ahora. Ya esto es un enorme logro para un escritor.

En esta novela que tengo en mis manos para prologar, encuentro las caras de la vida, los aspectos variopintos que circundan al ser humano, desde lo más sublime hasta lo más doloroso, todo esto en la historia de una niña que se hace mujer en medio de las vicisitudes que pondrán a prueba su talante y de las que saldrá airoso para formar a su vez su propia familia. *Julieta, toda una dinastía*, es la novela de la familia, el libro que toda persona que ame y desee la armonía en su hogar debe leer.

*Juan Carlos Céspedes Acosta*

*Cartagena de Indias, 3 de marzo de 2021*

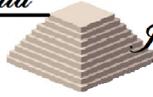


## ÍNDICE

NONATA-----	7
EPIFANÍA -----	9
PRESENTACIÓN-----	13
PRÓLOGO -----	15
<b>CAPÍTULO 1:</b>	
PUEBLO DE ANCESTROS-----	21
<b>CAPÍTULO 2:</b>	
PROMESA-----	27
<b>CAPÍTULO 3:</b>	
HOGAR FRATERO -----	33
<b>CAPÍTULO 4.</b>	
INGRESOS -----	39
<b>CAPÍTULO 5:</b>	
CONOCER Y APRENDER -----	47
<b>CAPÍTULO 6:</b>	
TRADICIÓN-----	55
<b>CAPÍTULO 7:</b>	
AMIGOS Y RELACIONADOS -----	63
<b>CAPÍTULO 8:</b>	
EQUIVOCACIÓN -----	71
<b>CAPÍTULO 9</b>	
JOLGORIO Y DEVOCIÓN -----	81



<b>CAPÍTULO 10:</b>	
HERENCIA DE CULTURA -----	87
<b>CAPÍTULO 11:</b>	
DICIEMBRE -----	97
<b>CAPÍTULO 12:</b>	
ESCOLARIDAD Y RELIGIÓN -----	111
<b>CAPÍTULO 13:</b>	
EXPERIENCIAS -----	127
<b>CAPÍTULO 14:</b>	
LA CIUDAD -----	137
<b>CAPÍTULO 15:</b>	
FE E INCERTIDUMBRE -----	147
<b>CAPÍTULO 16:</b>	
FRUSTRACIÓN -----	155
<b>CAPÍTULO 17:</b>	
NUEVO COMIENZO -----	163
<b>CAPÍTULO 18:</b>	
CASA PROPIA -----	167
<b>CAPÍTULO 19:</b>	
FATALIDAD -----	175
<b>EPÍLOGO -----</b>	<b>183</b>



# *Capítulo 1*

## *Pueblo de ancestros*



Cálido y acogedor. Sus viviendas de madera o bahareque con sus techos de palma o zinc, sus costumbres y la sencillez de su gente, hacen de este lugar, un bello y poético pueblo ancestral.

La ganadería y la agricultura, sus mejores fuentes de economía y trabajo. Cultivadores de yuca, ñame, ahuyama, ajonjolí, tabaco y otros. Criadores de ganado vacuno, aves de corral como la gallina, el pato, pavo, que comercializan con pueblos vecinos.

La dedicación de sus mujeres para coser, bordar y tejer, aprendida de sus madres, abuelas y bisabuelas nacidas en el siglo XIX anterior, generan ingresos en la economía de los hogares.

Esta familia conformada por padres creyentes y de sanas costumbres, tienen cinco hijos: una niña, la mayor y cuatro niños. Pendientes de sus hijos y demás responsabilidades, atienden su pequeña venta –tienda de víveres- mientras ella se ejerce como costurera y él como zapatero. Este en ocasiones, también trabaja como ayudante del carpintero del pueblo. Para dedicarle más tiempo a estos oficios poco a poco desmontan la tienda.

Por costumbre, todo niño(a) debe asistir a la escuela al cumplir los siete años. Las niñas, terminar la primaria, pueden quedarse en casa, aprendiendo las labores del



hogar y las manualidades que sus madres y abuelas les enseñen.

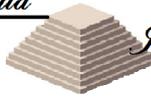
El niño más pequeño, un día se enferma con ‘soltura de estómago’ –diarrea- y es atendido por el curandero; pasan los días y no mejora. Muy preocupado le dice a los padres que lo lleven al doctor en medicina, pero este solo viene al pueblo una vez por semana, entonces el padre de familia, lo busca y lo trae a la casa. El profesional ve lo grave de la enfermedad, “Disentería” y ordena llevarlo de inmediato, al hospital más cercano.

Allí es hospitalizado. La madre espera en casa, se aferra a la oración y pide al Santo Milagroso de su devoción, que lo salve y ella en gratitud, le llevaría una ofrenda a su Santuario. Las semanas transcurren lentas y el niño mejora hasta sanar, pero para su total recuperación necesita revisión médica continua. Entonces la familia decide mudarse de manera definitiva a este pueblo.

Comienzan de cero.

Las costumbres son las mismas, pero con mayores oportunidades y mejores condiciones de vida. El empuje de trabajo de los esposos les abre posibilidades, dándose a conocer rápidamente por sus oficios.

Los menores reanudan la escuela y el hogar es bendecido con dos nuevos hijos, otro niño y otra niña. La hija mayor



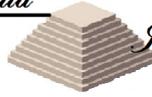
terminada la primaria se queda en casa, atiende a sus hermanos menores, aprende manualidades y se hace mujer.

A los catorce años y a escondidas, tiene su primer novio y este, la lleva a vivir con él, a la casa de su familia. Es una dolorosa realidad para los padres de ella, que indignados y avergonzados los obligan a cumplir con el séptimo sacramento de la iglesia católica, el matrimonio y así ‘limpiar’ la honra de la joven.

La pareja de adolescentes concibe su primer hijo. Cumplido el tiempo de gestación, se presenta el parto y la joven es atendida por una partera. Después de muchas horas, el niño nace ‘de pie’ -podálica- y sin vida. Los padres de la recién parida la traen a su casa, para cuidarla en su duelo y dieta de cuarenta días.

Finalizada esta, los jóvenes esposos continúan su vida juntos. Se mudan a una finca de los padres de él y un segundo embarazo los ilusiona.

Una noche el capataz encargado de la propiedad, a sabiendas que la joven se encontraba sola, intenta entrar a la habitación. El pánico se apodera de ella, Con sus pocas fuerzas quiere evitar que el individuo abra la puerta. Agotada y resignada, se arrodilla a rezarle al Dios Omnipotente.



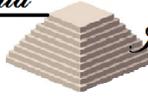
Se hace un largo silencio... el intruso desiste y se aleja. A las pocas horas llega el esposo. A la mañana siguiente y sin contarle el episodio a su marido, la joven le suplica que la lleve de vuelta a su casa paterna hasta el momento del parto. Él la complace considerando el estado avanzado de su embarazo.

Las relaciones entre suegra y yerno no son las mejores. Como madre, esperaba que su hija se casara vestida de blanco, con velo y corona de azahares, de la misma manera como se había casado ella, por lo que guardaba en un baúl, su propio vestido de novia y todo su ajuar. La imaginaba rodeada de familiares relacionados y amigos; se siente decepcionada pero su cariño no ha cambiado.

La familia, espera el alumbramiento.

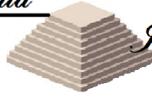
El embarazo llega a término, comienzan los dolores y es atendida por la partera, quien, al conocer los detalles del parto anterior, dice no estar capacitada para atenderla y recomienda llevarla al hospital. Sin más preámbulos el esposo y los padres de la parturienta atienden la recomendación de la experta y la conducen al centro hospitalario.

El futuro papá se reúne con sus propios padres y hermanos, los pone al tanto de la situación y atentos, rezan por el bienestar de la joven y su criatura. Una de



sus hermanas lo observa triste; él le comenta que tiene muchos deseos de llorar. Ella lo anima y él, se recupera.

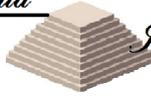
En los pasillos del hospital, las dos familias esperan.



# Capítulo 2

## Promesa

*Socorro Santos de Ávila*



*Julietta: Toda una dinastía*



Hermoso medio día.

Juguetonas nubes blancas resaltan el escenario azul del Cielo; saben de un milagro y ¡Celebran!

Pero él, apartado y solo, se recrimina y sufre. Tímidas lágrimas que torpemente limpia con sus frías manos, humedecen su pálido rostro. En sus recuerdos, su primogénito nacido muerto golpea su corazón. Y una promesa, que a su suegra sin pensar hiciera, ahora es su condena:

Si nace niña se la regalo.

Así le devuelvo

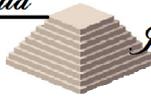
aquella

que a sus catorce años

conmigo huyera.

También su esposa recuerda, cómo a los quince años perdió su primer hijo. El día del parto una pulcra comadrona había acudido a la vivienda para asistirle.

En la habitación reinaba el silencio apenas interrumpido por su gemir y las instrucciones de la partera, que angustiada, después de algunas horas de dolor y fuertes contracciones, ve asomarse por el conducto vaginal, un pie de la criatura. Rápidamente introduce su mano, en un



desesperado intento por sacarlo a tiempo, pero este, como si no quisiera abandonar su cálida cuna, se aferraba a ella. Largos los minutos, inútiles, los esfuerzos.

¡Nació sin vida!

Ahora que parirá por segunda vez, espera sumisa a la Voluntad de Dios.

Un profesional se apresta a atenderla y le hace un examen de rutina. Observa en la joven sin aspavientos, cierta tranquilidad y supone que faltan algunas horas. Sale a atender otros pacientes. Al rato regresa, avisado por la enfermera que le anuncia, que los dolores son más fuertes y frecuentes, la examina de nuevo y advierte...

¡Viene de nalgas!

Sin más demora toma en sus manos las ‘cucharas’ – instrumentos quirúrgicos precisos para extraer niños en partos difíciles. Estas hieren sin piedad las entrañas de la madre y la criatura nace.

¡Niña!

Un color grisáceo cubre su piel y no llora.

--Tú naciste negrita, no lloraste y pesaste trece libras. Con estas palabras la madre de Julieta le relataba su nacimiento.



El médico toma por los pies a la criatura, con la cabeza hacia abajo, las enfermeras le aplican agua tibia, agua fría, le dan unas suaves palmadas en la espalda y los glúteos, pero la niña no reacciona, solo late su corazón.

La adolorida mamá con la pequeña acurrucada en su pecho, como si temiera perderla, murmura una oración. La niña emite un leve llanto y la esperanza renace.

¡Gracias, gracias Dios mío! Ella exclama.

Se la entrega al compungido papá, que la sostiene en sus brazos, callado y temeroso. Enternecido la abraza sin ocultar sus lágrimas y su alegría.

-Tendrá retardo mental o parálisis cerebral, diagnostica el galeno.

¡No!

Es tu Voluntad Señor... ¡La vida!

El padre pone de nuevo a la niña en brazos de la madre y sale de la sala. Alza sus ojos al infinito cielo y musita:

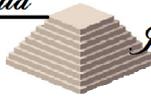
Perdóname Señor no sé qué hice.

A ti debo mi Ser

Tú...

me bendices.

Al siguiente día, la niña llora fuerte y parejo. En familia, el tiempo pasa en alegre algarabía y la hermosa recién



nacida es el centro de atención, en medio de la ternura que su madre, su padre y demás familiares le prodigan.

Pero él sufría y el desasosiego crecía.

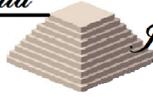
Sumido en la tristeza, por aquella promesa, su salud se quiebra; altas temperaturas nublan su razón y en un instante de delirio febril, sale a la noche sin luna. Siente bajo sus ardientes pies la fresca caricia de las aguas, que cubrían las calles del pueblo por la inundación. Se deja llevar avanzando, sin percatarse del peligro que se abría ante él: el gran río Magdalena.

¡Y no volvió! Amanece. El pueblo y toda su familia lo buscan. Lo encuentran demasiado tarde. En ceremonia religiosa, cumplen con los actos fúnebres y sus restos aún reposan en el cementerio católico del pueblo.

¿Acaso su corazón de padre intuyera lo breve de su vivir, cuando sin titubeos regalara ese pedacito de su Ser, a la abuela de la criatura y sin haber nacido?

¡Los mandatos Divinos son ley!

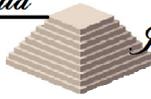
Y aquel bello regalo  
tierno y  
sonrosado...  
al regazo de la abuela  
¡fue entregado!



# Capítulo 3

## Hogar fraterno

*Socorro Santos de Ávila*



*Julietta: Toda una dinastía*



Los padres y hermanos acogen a la madre viuda con su pequeña, le celebran el bautizo de acuerdo a la tradición religiosa de la familia y le dan un nombre:

¡Julieta!

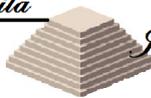
El duelo, en medio de rezos y silencios, marca espacios de sosiego y resignación, mientras la niña crece y se desarrolla normalmente.

Sin imposición, los abuelos crean jerarquía de papá y mamá para la nieta, y los tíos como sus hermanos mayores, su madre siempre su madre, pero Julieta aprende a llamarla por su nombre a fuerza de escuchárselo a los demás.

Con la familia también vive, la mamá de la abuela de Julieta, nacida a finales del siglo XIX.

De hermosa apariencia: delgada, alta, de cabellos y ojos claros; baila con gracia y señorío la cumbia Sampuesana que escucha en alguna emisora, con una ‘calilla’ en la boca y una vela encendida en su mano, levantada a nivel de su hombro, luciendo una falda de boleros en el ruedo y blusa ceñida al talle, con mangas al codo también de boleros, según la usanza de la época.

¡La familia aplaude!



Conocedora del legado de sus ancestros, sabe doblar tabaco, que consiste en seleccionar las hojas de la mata, limpiarlas, dejarlas secar al aire bajo techo, colgadas en ligeras cuerdas, para luego extenderlas sobre una mesa y envolver hoja por hoja en un delgado, largo y cilíndrico palito de madera, hasta lograr el grosor y forma deseados.

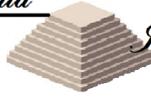
Finalizado el proceso los agrupa con pita de majagua, para venderlos entre clientes fumadores o al detal.

Este oficio lo aprendió de su propia madre, que vive su ancianidad con lucidez y cierta energía, junto a otros hijos.

Elabora, además, un cigarrillo largo o ‘calilla’, para clientas de su edad y que ella misma fuma con el fuego dentro de su boca, hábito que años más tarde le causaría, un cáncer de garganta y al final su muerte.

Otras dos nietas contemporáneas con la madre de Julieta y un nieto de diez años, hijos de otros hijos, la visitan con frecuencia, creando hermandad con los primos.

Para esta amorosa matriarca, sus nietos y bisnietos, constituyen su principal alegría y vivir allí con su hija mayor, enriquece las costumbres de cinco generaciones incluida su anciana madre, a quien visita, allá en su pueblo natal y en ocasiones la trae a la casa, dándole la



oportunidad y la gracia de conocer y alzar en sus brazos a la tataranieta Julieta.

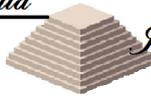
Siendo muy joven, Julieta contrae matrimonio y tiene su propia descendencia.

Al nacer su primer nieto, se juntan por segunda vez, cinco generaciones a partir de su abuelo que aún vivía.

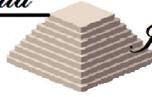
Julieta al cierre de la primera.

¡Julieta al centro de la segunda!

*Socorro Santos de Ávila*

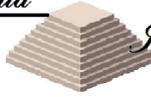


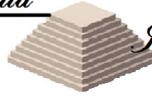
*Julietta: Toda una dinastía*



# Capítulo 4

## Ingresos





Una tienda-almacén de telas, atendida por los esposos constituía fuente segura de ingresos para la familia, además del oficio de costurera de la madre-abuela, cuyo trabajo era muy apreciado por sus clientes, que venían de su pueblo natal para encargarle, sus ‘trajes’ –vestidos- las damas, en organdí, muselina, seda, etamina o percal.

Los caballeros sus pantalones de dril naval o supernaval y de lino, con pliegues en la cintura, sus camisas blancas en lino o seda, de mangas largas y puños, con telas que podían adquirir allí mismo, en el pequeño almacén.

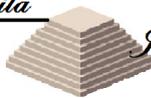
Les confeccionaba además, sus calzoncillos a mitad de los muslos, según sus preferencias.

Una nefasta noche, un incendio arrasa parte de la casa.

Estos eran frecuentes y difíciles de controlar, debido al material con que se construían las viviendas: madera o bahareque y palma o láminas de zinc. Tampoco contaba el pueblo, con una estación de bomberos, por la ausencia de acueducto. El agua para apagarlo fue traída directamente de una ciénaga cercana, por el dueño de casa y vecinos.

Salvaron sus vidas, algunos enseres...

y a empezar de nuevo.



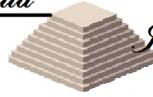
El padre y abuelo, sereno ejemplo de virtud, luego de perderlo casi todo, reinicia su actividad de zapatero, oficio aprendido de alguno de sus mayores desde muy niño, mientras asistía a la escuela primaria y parte de la secundaria.

La secundaria también lo preparó para dictar clases, en la misma escuela donde estudiaba.

La pequeña Julieta siempre al lado de este, mientras trabajaba, todo lo preguntaba y jugaba con algunos elementos de zapatería, como las hormas, el cuero, la badana y el diminuto martillo, pero le atraía mucho, la lezna y las puntillas; herramientas filosas, que el abuelo no le permitía.

La abuela reanuda sus labores de costurera en su ‘negrita’, su máquina de coser Singer salvada de las llamas y la hija mayor ahora madre viuda, atiende las responsabilidades hogareñas mientras cuidaba a su hija de tres años y a su hermana de cuatro, las cuales crecían como hermanas.

La bisabuela de Julieta, atenta a las consecuencias económicas que dejara el incendio, salía algunas mañanas hasta el centro del pueblo, para situarse a la sombra de algún almacén y en su pequeña ‘chaza’, mostraba y vendía el producto de su trabajo: los tabacos y las calillas.



Regresaba al atardecer con tamacas, una fruta de la región no muy apetecida por sus nietos, por la pulpa pegajosa debajo de la concha –cáscara-. También les traía confites, bocadillos de guayaba y ‘ariquipes’, que sí eran, del agrado de los niños.

Estos, todas las tardes esperaban ver al final de la calle, la figura esbelta de la ‘mamabuela’ (...), y prestos corrían para encontrarla y arrebatarle los paquetes, ansiosos por descubrir qué, les traía.

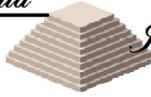
Y ella feliz... los alcahuiteaba.

Entre juegos y golosinas alborotaban la llegada de la persona de mayor jerarquía en la familia por el respeto, afecto, edad y condición que como madre, abuela y bisabuela merecía.

El padre-abuelo conocedor de carpintería, ahora reconstruía su casa sobre las tibias cenizas que dejara el incendio. Sus empleados y él mismo, trabajaban con precisión y rapidez. La vivienda en construcción

¡Debían terminarla!

Julietta atenta a las actividades del abuelo, observaba cómo sus fuertes manos, deslizaban con sonido casi musical, un reluciente artefacto –cepillo para carpintería– sobre un listón de madera.



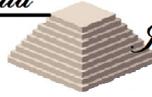
...y las ventanas y puertas  
yerguen  
sus bellas siluetas  
La viruta y el aserrín  
la divierten  
pero su abuelo la increpa.  
Ella se aleja llorosa  
y su madre la alboroz.

En esta vivienda transcurrieron los primeros doce años de la vida de Julieta.

Siendo muy niña, compartía con sus dos tíos, tío y tía un poco mayores que ella, inventando juegos y juguetes en medio de la sana burla de los tíos mayores. Sus amiguitas vecinas llegaban a la casa para jugar a la mamá y al papá y el tío-hermano hacía de papá.

En las primeras horas de la mañana recorrían el patio sembrado de ‘palos’ –árboles- de guayabas rojas y blancas y cómo disfrutaban de sus delicias.

El travieso tío se escabullía en horas de la tarde a ‘berrochar’ con sus amigos y a ‘patiar’ bola e’trapo,



perdiéndose por horas, pero cuando su mamá lo echaba de menos, rabiosa preguntaba:

¿Dónde está? (...)

Nadie contestaba y más se embejucaba.

--Cuando regrese se va a llevar su 'limpia' y agarraba una correa. Atentas sus hermanas salían a avisarle

¡Mamá te va a pegar! Le decían al encontrarlo

A las carreras y sudoroso entraba por el portón y se escondía en el patio. Nuevamente sus hermanas actuaban:

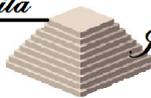
--Mami acá está dormido.

--Jhum, yo no lo vi entrar, mascullaba la mamá y como que no quedaba convencida.

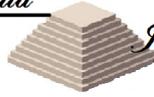
-Porque 'usté' estaba en la cocina, contestaban ellas en coro, mirándose asustadas y sacudiendo sus manos.

Uno de los hermanos mayores, de broma un día, esconde la única muñeca de trapos con la cual, las pequeñas se entretenían. El padre-abuelo, luego de una reprimenda obliga a su hijo a devolvérselas. La había tirado sobre los horcones del techo de la casa.

Las niñas recobran su alegría para continuar sus juegos.

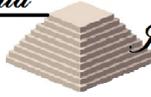


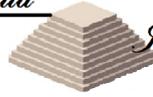
Estos tíos-hermanos significaron mucho en la infancia de Julieta; más adelante ella tendría sus propias hermanas.



# Capítulo 5

## Conocer y aprender





El padre-abuelo con sus hijos menores y nieta, solía visitar a su papá, bisabuelo de Julieta, un anciano nacido en España a mediados del siglo XIX ¿migrante? No se conocen registros de sus padres; de mediana estatura, piel blanca, ojos azules pequeños y alargados. Vivía con una de sus hijas mayores.

A él, a sus hijos de diferentes madres y a sus nietos los apodaban “los chinos”.

¿Europeo, de ojos azules con rasgos asiáticos?

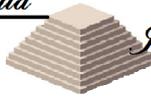
¡Bella fusión genética!

El abuelo de Julieta, le heredó estos rasgos a cinco de sus hijos y estos a los propios. Hoy, también se advierten en dos nietos de Julieta -sexta generación- y en una de sus hijas.

Y continuó...

Muy pulcro en su vestir, pantalones caqui, camisa mangas largas que le cosiera su esposa, también llevaba sobre su cabeza de cabellos negros una cachucha tipo quepis, que caracterizaba su don de gran señor, pero para las celebraciones más importantes lo cambiaba por su tradicional sombrero de fieltro.

Después de visitar a su padre, llevaba a los niños al parque o a la ciudad de hierro y de regreso al atardecer;



les mostraba cómo y por donde se ocultaba el Sol. Todo el recorrido lo hacían a pie.

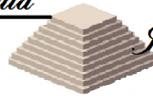
En ocasiones los ‘cocuyos’ o luciérnagas con sus sonidos e intermitentes luces, decoraban el anochecer y el abuelo, el Santo Job, como le decía la esposa, por la paciencia que demostraba en todas sus actividades, los animaba a atraparlas.

También les enseñaba un poco de aritmética, haciéndoles recoger piedrecitas del camino para luego contarlas. Su experiencia en su juventud como maestro de primaria, era otra de sus fortalezas.

En época de lluvias, a su paso encontraban charcos de esta, que eran el disfrute de sapos y ranas para orquestrar sus cantos.

Estas enseñanzas en medio de juegos, fueron alegre aprendizaje en la vida de Julieta

En la casa los esperaban las madres y abuelas preocupadas por la tardanza, con la acostumbrada comida de la tarde. ‘arroz de frijoles’ -frijol cabecita negra- o arroz blanco con ajo, carne asada en plancha o guisada o de muchas otras formas de preparación; el plátano amarillo cocido y la ensalada de repollo blanco con tomate y cebolla roja, complementaban el menú vespertino Todos degustaban la comida con verdadero apetito, pero antes...



¡A ‘bañarse’ las manos!

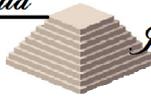
Increpaban las matronas de la casa, mientras la pequeña Julieta hablaba y hablaba, contando las aventuras de su salida con el abuelo y este, con un guiño de ojos, alentaba a las señoras a escuchar y preguntar.

A la entrada del comedor, sobre una mesa de madera, el aguamanil: una ‘ponchera’ y una jarra de peltre con agua limpia y un pedazo de jabón de pino ‘jabón de lavar’, siempre listos para un buen lavado de manos.

La comida era prioridad en las familias desde el destete materno. Algunas madres les daban seno a sus pequeños hasta los dos años de nacidos. Se dice que de esta manera la madre se cuidaba para no quedar embarazada de inmediato y aun así en cada familia nacían hasta siete y más hijos.

El tradicional desayuno con yuca o bollo limpio o de mazorca, con suero o queso, producidos en los corrales o, con el delicioso ajonjolí, resultante de limpiar, tostar y moler la semilla de este. Podía variarse con chicharrón y patacones con ajo siempre acompañados por el café con leche hervido, al que le agregaban una pizca de sal para evitar una ‘congestión’ –indigestión-.

El cacao –maíz y cocoa molidos- elaborado en casa, y cocinado en agua o leche al gusto era otra opción de



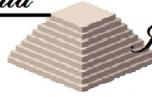
bebida caliente para acompañar la primera ‘comida’ del día.

En el almuerzo no podían faltar las sopas de hueso blanco de res con su médula (colágeno) o de hueso carnudo o de costilla o de rabo. El sancocho de gallina, criada en el patio de la casa, el de bocachico o de cabeza de bagre, o la sopa de coroncoro, recién traídos del mercado, constituían las tradicionales sopas para variar la comida más importante del día.

El mote de ‘guandú’ con chicharrón de cerdo o con carne salada o el mote de ñame espino, con queso y suero, al que podían añadirle hojas de bleo; esta es una mata con propiedades alimenticias que crecía en los patios de las casas y condimentado con la tradicional salsa al gusto: mucho tomate, ají dulce, cebollín cebolla roja y ajo.

Estos podían ser los platos preferidos para reuniones familiares especiales, siempre acompañados de un buen arroz blanco con ajo.

El irremplazable bastimento: yuca, ñame pelao - diferente al ñame para el mote- plátano verde, ahuyama, no podía faltar en cada sopa o en el mote de guandú; sazonarlas con ají dulce, col, cebollín, además condimentarlas con pimienta de olor y comino, calentados previamente sobre la tapa de la olla, para luego molerlos en el tradicional mortero de madera.



Era frecuente entre los adultos aderezar sus platos con picante casero, que preparaban las abuelas con el ‘espiche’ -líquido separado de la leche cortada-, con la cual se preparaba el tradicional suero. Al espiche en mención le agregaban cebolla roja, ají dulce, ajos y suficiente ají picante, todo bien picado.

El abuelo, “compinche” de Julieta, le daba a probar y le preguntaba sonriente.

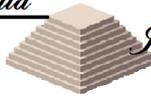
¿Te gusta?

Si, si papá, contestaba ella contenta.

Todos en la mesa sonreían maliciosos. La mamá, la abuela y la bisabuela solo refunfuñaban. Así nace en Julieta su gusto por este arriesgado y delicioso encurtido, que ahora encuentra de diferente preparación en tiendas y supermercados.

Estas costumbres de –tres comidas al día- han criado familias sanas, inteligentes, fuertes y trabajadoras, de generación en generación.

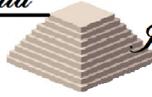
Llegada la noche, muy cansados los menores ‘se acuestan’ y los mayores sacan a la puerta, sus taburetes de madera y cuero para ‘coger fresco’ “Al pie del matarratón”, -célebre título de una de las inolvidables composiciones de nuestra Estercita Forero-.



Estos árboles son sembrados a ras de los sardineles de cada casa, para protegerse del Sol y disfrutar de su sombra durante el día. El calor tropical es una constante en el pueblo y el uso de ventiladores eléctricos, no era frecuente.

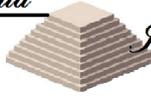
Para tal efecto los abanicos de mano, elaborados artesanalmente con hojas secas de palma, les refrescaban un poco el sofocado ambiente.

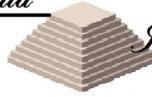
Estos abanicos aún se elaboran en muchos municipios de la costa siendo fuente de ingresos para sus artesanos y son promocionados en las ferias y muestras artesanales de nuestro territorio nacional.



# Capítulo 6

## Tradicción





Al terminar el año llegaban las fiestas patronales, del pueblo natal de la mamá y abuelos maternos de Julieta que anticipaban la celebración del último día del año.

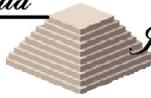
¡El 31 de diciembre!

A estas fiestas asistían con frecuencia y ella, era el centro de atención entre primos-tíos.

Allí conoce a su otra bisabuela, -madre de su abuelo- nacida después de la mitad del siglo XIX, de piel morena, baja estatura y cabellos largos muy negros. Vestía falda que le cubría los tobillos y blusa con mangas de arandelas al codo, en colores de luto por el fallecimiento reciente de su anciana madre, tatarabuela de Julieta.

Con el afecto y calidez que la caracterizaban, recibe y hospeda a su familia visitante.

Para la inquieta Julieta de solo cuatro años todo era nuevo, la casa con paredes de bahareque, el piso en suelo de tierra, tratado con ‘amasao’ diario, que consistía en recoger y colar en un cedazo la tierra ya barrida, agregarle un poco de agua y a mano limpia, extender la mezcla en el suelo hasta tapar el hueco elegido, cuidarlo para no pisarlo mientras estuviera húmedo; ¿el resultado? Apariencia de un piso de cemento.



Le atraía fundamentalmente el proceso para recoger el agua lluvia en tanques por medio de canaletas instaladas a ras de los techos, luego purificarla con alumbre, y depositarla en tinajeras, para beberla y para cocinar. Su mamá le explicaba llevándola por todos los espacios de la acogedora vivienda. Para el uso sanitario, bañarse o limpiar la casa, le aclaraba, se deposita en otros tanques sin purificar.

¿Qué es el uso sanitario? Pregunta Julieta.

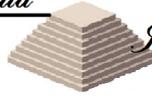
--Lavado del baño, le responde su mamá.

Más tarde cuando esta suponía que su hija había olvidado lo explicado, la pequeña le mencionaba con precisión lo aprendido.

La cocina, con su fogón de leña en el suelo, llamaba su atención, buscando peligrosamente de cerca, el origen del fuego.

Mantén a los mayores en alerta permanente.

El patio grande, sembrado de guayaba agria, guásimo, cañandongu u otros, le proporcionaba sombra y agilidad para corretear a las gallinas, gallos, patos, pavos, pero en ocasiones debía huir de ellos, que con sus algarabías la perseguían. En ese instante presto y muy divertido(a) alguien salía en su ayuda alzándola en brazos para evitarle un picotazo.



¡Era pura energía!

Se hacía querer de parientes y vecinos que la llevaban a caballo o en mula para mostrarles sus propias casas y otros animales como el cerdo. El alboroto de loros y guacamayas despertaban su atención.

-Mire (...) se están riendo y hablan.

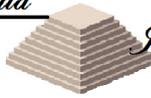
Lección para Julieta.

Los amaneceres con el canto de los gallos, el bullicioso cacareo de las gallinas, el lenguaje del ganado, agrupándose para entrar a los corrales de ordeño, obedeciendo el sonsonete del capataz a caballo y a su paso el perro, corriendo y ladrando, despertaban a la pequeña que dormía al lado de su madre en un catre en un cuarto casi a oscuras porque el pueblo no tenía servicio de energía eléctrica.

En cada vivienda eran necesarias las linternas de mano y lámparas de petróleo o a gasolina, de mesa o para colgar a la entrada de la puerta principal.

-¡Cuidado te caes!

Le advierte la mamá, pero ella se pone sus chancletas y a tientas encuentra la puerta. Sale a la claridad de un hermoso amanecer, llega hasta la cocina que tenía entrada independiente desde el patio, buscando a su



bisabuela. Esta ya había ‘bajado el café hervido y esperaba que se sentara’. Reposado lo “echa” en un termo, le ofrece a la niña y juntas comparten.

-Yo quiero ver las vacas, le dice a la anciana.

-Bueno vamos, le responde, pero voy a avisarle a tu mamá.

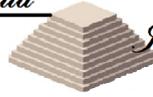
En los corrales le muestran cómo ordeñar, bajo la estricta vigilancia de los primos-tíos y allí al pie de la vaca conoce la leche “espumosa y caliente”.

La bisabuela y los primos se sirven en totumas dejándoles alrededor de la boca “bigotes” blancos, que a ella la divierten. Esta fugaz actividad volvió a vivirla en su adolescencia y en su edad adulta, en compañía de sus hijas y esposo. Practicó el ordeño y bebieron todos, de esa leche “caliente”. Hoy es uno de los mejores recuerdos de su infancia y juventud.

...y sigo el relato inicial.

Por las tardes su mamá la vestía bien bonita para llevarla a conocer a otros familiares y en un descuido, ya estaba Julieta en el patio correteando los animalitos que encontraba.

En el pueblo todo era alegría, bullicio y actividad. Desde muy temprano el templo y las calles se vestían con la



alegría de propios y visitantes y armar la corraleja para las corridas de toro, despertaba expectativa y generaba trabajo entre sus pobladores.

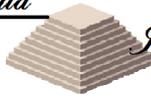
Así como en la antigüedad los hijos de Israel en sus celebraciones, le ofrendaban a Yahvé, becerros como muestra de adoración, los dueños de ganado ofrecían sus mejores toros para las corridas y así, pedirle o agradecerle favores al Santo Patrono.

Se advertía en los habitantes un ambiente religioso y de prosperidad.

Los caballeros presumiendo con sus mejores atuendos, calzando finas abarcas “tres puntá” en suave cuero, y el tradicional sombrero weltiao. El abuelo prefería el de fieltro como era su costumbre en estas solemnidades, pero que para entrar al templo debía quitárselo, en señal de respeto a la casa de Dios, de igual manera lo hacía para sentarse a la mesa.

Las damas por el contrario y por el mismo motivo de respeto al templo, cubrían sus cabezas con un chal.

Las bandas de música de viento, hacían el disfrute de la fiesta durante cuatro días con sus hermosas composiciones como “Tristezas del alma” y otras para acompañar la procesión del Santo Patrono y a la entrada de la iglesia antes de comenzar La Sagrada Eucaristía.

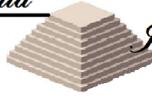


En las tardes de corrалеja deleitaban al entusiasta público, con sus mejores porros: María Varilla, Viento sabanero, La Lorenza entre otros que hacían el disfrute de un pueblo orgulloso de sus sanas tradiciones.

Se alborotaban las guacharacas de monte y los perros por igual, que parecían congratulados con el jolgorio.

Por la noche se confundía la alegría de jóvenes, matronas con sus parejas, visitantes y pueblo en general en el fandango, con derroche de vestuarios bailando la cumbia y el porro, que tocaban las bandas del momento y grupos como La sonora cordobesa, Pedro Laza, Rufo Garrido y otros.

Julieta asistía en familia a todas las celebraciones de la iglesia donde mostraba el mismo recogimiento y respeto de los mayores. Memorizaba los cantos litúrgicos en latín, los cuales despertaron su interés y devoción por los actos religiosos.

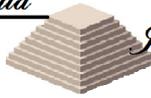


*Capítulo 7*

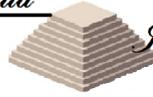
*Amigos y*

*relacionados*

*Socorro Santos de Ávila*



*Julietta: Toda una dinastía*

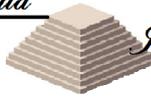


La familia contaba con excelentes amistades entre los paisanos de su pueblo de origen. Las señoras, que en ocasiones llegaban de aquel para consultar al médico, eran hospedadas en la casa, hasta recuperarse. Las visitas sociales de los mismos, eran frecuentes los domingos o festivos, pero en días de semana, alguno llegaba en su acostumbrado Jeep Willys desde temprano a saludar y tomarse un tinto, que encontraban ‘calientico’ en el termo de Doña (...).

Con ella y el esposo compartían el motivo de sus viajes, como hacer negocios de ganado u otros y les pedían sus opiniones.

En noches de sábado o en la noche anterior a un festivo, los hijos mayores recibían a sus amigos, que quizás llegaban con la premisa de enamorar, a la joven y bella viuda, madre de Julieta y a dos primas, cuando llegaban de visita o disfrutaban de largas vacaciones con estos.

Fueron muchas las serenatas con guitarra, de intérpretes de boleros, de Los Panchos como Sin ti, Rayito de luna y de otros tríos, que despertaban a la familia en horas de la madrugada. Algunas veces eran recibidos con agrado y ellas, solo abrían la ventana, pero otras noches en plena inspiración recibían una ‘totuma’ de agua. Divertidos y en medio de risas huían apresurados tropezando y cayendo por las oscuras calles, para intentarlo otra noche.



El amanecer sorprendía a las jovencitas entre susurros y cuchicheos, mientras que las mayores regañaban y advertían:

--Aquí no queremos más escándalos que no nos dejan dormir.

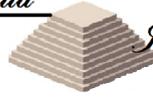
Ellas calladitas solo reían o en voz baja comentaban los eventos, y en medio del traspasado comenzaban sus labores del día. Tenían cualidades de reposteras; elaboraban dulces y ‘panelitas de leche’ para venderlas en la puerta de la casa o en la ‘venta’ –tienda- de la esquina.

Una de estas primas con la cual Julieta aún comparte en familia, tiene 91 años y está muy lúcida, a ella le debo parte de las historias que desde años atrás he recogido de su propia voz. Los relatos más detallados y minuciosos, son emotivos recuerdos, como regresiones espontáneas de mi protagonista, confirmados por su propia madre mientras vivía.

La Gracia de Dios ha estado presente en la vida de Julieta para desafiar y revertir un diagnóstico médico al nacer.

“Retardo mental o Parálisis cerebral”

Sin embargo, desde su adolescencia padece la “enfermedad de Meniere” confirmada en su momento con exámenes y estudios pertinentes solicitados por un



Otorrino, a quien un joven profesional remitió, llevado por el cuadro clínico que la joven presentaba.

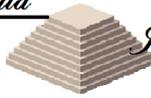
En posteriores crisis, un neurólogo la evalúa y el resultado de un TAC, atrae su atención. Preocupado le indica que hay una antigua cicatriz en su cerebro y solicita nuevos estudios. Observa el comportamiento y capacidad intelectual de la joven y sin darle más detalles la remite de nuevo a su especialista tratante, quien continuara el tratamiento según su especialidad.

Julietta siguió con su rutina de vida y trabajo y el tiempo se ha encargado de desaparecer las manifestaciones “agudas” de la enfermedad. ¿Es posible que esta cicatriz sea la “oportuna” causa de tan excelente memoria?

Retomemos...

La pequeña que regularmente buscaba la compañía del abuelo inmerso en su trabajo de zapatero, le preguntaba de todo y él, inteligentemente le hacía relatos de sus propios padres y abuelos maternos, no conoció los abuelos paternos, sin sospechar que sembraba su riqueza ancestral en terreno fértil, pero sí observaba, con cuánta atención la nieta lo escuchaba.

Los modales y buenas maneras hacían parte de las costumbres en casa. Durante el almuerzo 12:00 m, todos



se reunían en torno a la mesa y no se escuchaba ni el vuelo de una mosca.

¡En la mesa no se habla!

Enseñaba el abuelo, una norma que aprendiera desde la primaria en su clase de urbanidad, según la “Urbanidad de Carreño”; tampoco debían sonar los cubiertos con los platos y si alguien necesitaba levantarse, tenía que pedir permiso.

A esa hora del medio día y a las seis de la tarde, las emisoras transmitían una de las oraciones de la iglesia el “Angelus” que en algunos hogares recitaban antes de las comidas principales del día. La abuela iniciaba y todos la seguían al unísono con la radio.

-En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo Amén, haciéndose la señal de la Cruz, desde la frente hasta el pecho, del hombro izquierdo hasta el derecho y comenzaba con el primer verso:

“El Ángel del Señor anunció a María” y todos respondían en coro el segundo verso...y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo... seguidamente un Ave María, hasta continuar otras dos letanías de dos versos cada una y finalizar haciéndose nuevamente la señal de La Cruz.

¡Comienzan a almorzar!



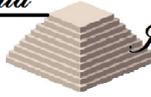
La siesta, en descansos plegables de madera y lona o en hamacas, era rutina para dos tíos-hermanos que trabajaban y debían regresar en bicicleta a continuar su jornada laboral. Uno de los hermanos estudiaba en el Seminario y el más aventurero se alista en las filas del ejército.

Allí sufre un grave accidente durante un entrenamiento.

En esta calamidad nuevamente la madre invoca a su Santo protector por la vida y sanación de este hijo. Su sufrimiento es mayor al confirmar la gran distancia que la separaba de él, porque todos los días repasaba y recorría con el dedo mojado en lágrimas el mapa del país, colgado en una de las paredes del comedor.

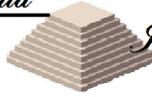
El jovencito con una rodilla fracturada había sido trasladado a la capital y después de una delicada cirugía en la que le implantaran una prótesis de platino, permanecía internado, por las largas, dolorosas y necesarias sesiones de ejercicios –terapias- que debía recibir, para su total recuperación.

Padres e hijo se comunicaban por cartas o telegramas según fuera la necesidad. En una de esas cartas la madre dedica a su hijo la canción “El Corneta” del inquieto anacobero Daniel Santos: “Te meti’te a soldao y ahora



tienes que aprendé”, aprendé, aprendé, ahora tie’ne que aprendé, canta el coro.

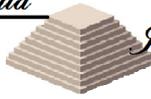
Los amigos y amigas que conformaban varios grupos y en ocasiones se reunían para compartir en casa o en el Night Club ahora esperaban la recuperación y regreso del frustrado soldado.



# Capítulo 8

## Equivocación

*Socorro Santos de Ávila*



*Julietta: Toda una dinastía*



Las primas regresan a su pueblo y queda la joven viuda con todas las responsabilidades hogareñas y atenta a la crianza de su hija busca trabajo. Lo encuentra como voluntaria en el hospital en donde, además, recibe capacitación en primeros auxilios y atención de enfermería.

Pero la rutina pesaba demasiado. Veía cómo perdía autoridad frente a su hija, porque todas las decisiones con respecto a la pequeña, las tomaban los abuelos. Siente que su hija no la necesita y el hastío se apodera de su vida.

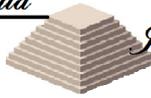
El tiempo, artífice de sueños, muestra nuevas ilusiones a la joven viuda y otro amor conmueve su corazón.

¡Huye con él!

En el hogar de los abuelos la nostalgia golpea, nada es igual. La pequeña llora y habla poco. Se la ve entrar y salir de los cuartos repetidas veces. Todos parecen entender la tristeza de la menor que vive una soledad, que a sus cuatro años no entiende.

Mamá donde está (...) y la mamá-abuela no sabe cómo responderle.

¡Solo la abraza!



El silencio y la vergüenza mojan el rostro de esta madre por segunda vez.

¿En qué estaban fallando ella y su esposo?

¿Qué sucedía en la cabeza de su joven hija?

¿Por qué no eligió a uno de los pretendientes de entre los amigos de sus hermanos?

¿Por qué a un desconocido de otra región? Y este, ¿qué sabía de la vida de su hija?

Y, ¿acaso a ella, esta hija no le hace falta?

Resignados los padres y hermanos, reanudan sus labores cotidianas y en medio del cariño de todos, la pequeña Julieta recupera su alegría.

Ahora sabe que su madre... ¡Se ha ido!

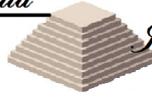
Los meses pasan.

En un hotel del pueblo, las preguntas de la frustrada joven no tienen respuestas y el engaño muestra su verdadero rostro.

¡Él es un hombre casado y con hijos! ¿Por qué le creí?

Se cuestionaba ella.

La maleta vacía, burlona en un rincón... espera.



Decidida la toma y pone en su interior una sola prenda:

¡La equivocación!

Regresa...ahora un nuevo Ser que crece dentro de sí, la acompaña. Su hijita parece desconocerla y se refugia entre las faldas de su abuela.

Esta, avergonzada y dolida, refuta los consejos de las amigas vecinas: dale esto, dale aquello para que aborte.

-¡No!

Eso es pecado, respondía enérgicamente y recluye al interior de la casa a su hija embarazada; ella obedece.

Cierta noche cálida y hermosa, la joven es atraída por los maravillosos colores de la luna y sale al umbral de la puerta para exclamar:

¡Qué bonita está la luna!

Y su abuela, que sentada en su taburete, recostado a la entrada del comedor, deslizaba una y otra vez la peineta por sus largos cabellos mientras fumaba su acostumbrada calilla, al escuchar a la joven embarazada se levanta presurosa y preocupada exclama:

¡Niña! no mires esa luna que está eclipsada y la criatura te va a nacer manchada.



Demasiado tarde.

Seis meses después se da el alumbramiento.

Y sí, la ‘criatura’ nace con una mancha en su pierna. ¡Aún la tiene!

Fue una larga noche al interior de la alcoba.

Afuera la pequeña Julieta de cinco años, veía las entradas y salidas de una señora, que no conocía, la comadrona, que con recipiente en mano cuchicheaba con las señoras de la casa, que le entregaban pedazos de sábanas limpias, ella las recibía para perderse nuevamente dentro de la habitación. Desde allí un leve ruido, alerta a Julieta y la pone ¡Feliz!

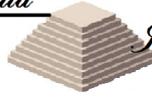
Es el llanto de su hermana.

¡Tengo una hermanita, tengo una hermanita! Corriendo repetía. Su corazón latía fuerte y quería que todos conocieran su alegría.

Con esta ‘hermanita’ hasta hoy se crearon lazos irrompibles del más puro amor filial entre sus dos familias y desde siempre, ella ha sido su hermana confidente e incondicional.

Volvamos al relato inicial

En los rostros de la familia, se reflejaba tranquilidad y contento. La madre-abuela, arrodillada en su reclinatorio ante su pequeño altar, pide perdón al Altísimo por si en



algún momento los consejos de sus vecinas la hicieron dudar, sin embargo, contenta musitaba:

¡Gracias, gracias Señor! / mantuviste firme mi Fe /

y otra vida se enseñorea a tus pies.

A la mañana siguiente hay alboroto en la casa por la visita de las amigas vecinas, que llegan a conocer a la recién nacida, con la natural “curiosidad” de tal acontecimiento.

Toda clase de cometarios se escuchan entre las “solicitas” amigas.

¡Gracias a Dios las dos están bien!

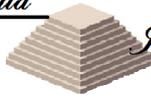
Interviene la mamá-abuela y así pone fin a las visitas.

Dos meses antes del nacimiento de esta niña, los abuelos habían recibido un nuevo miembro en la familia. Inesperadamente una mañana, una joven llorosa, se presenta en la vivienda. Trae consigo un bebé, envuelto en una toalla.

-- Este niño es nieto suyo le dice a la dueña de casa.

¿Cómo que nieto mío?

--Si, si, es hijo de su hijo (...) solo tiene veintiún días de nacido y yo no puedo criarlo. Sin esperar respuesta lo deja en brazos de la escéptica abuela y rápidamente desaparece.



La madre confronta al irresponsable hijo de 18 años. “Aquel” que escondió la muñeca, el mismo que se accidentó en el ejército.

Ahora avergonzado, acepta la paternidad y el niño es reconocido y bautizado ante la complacencia de la familia. En este hogar crece como otro hijo de los abuelos.

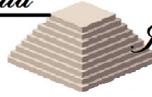
La madre de Julieta que, desde su viudez, ya tenía conocimientos de primeros auxilios, aplicación de inyecciones intramusculares e intravenosas y sueros subcutáneos, atendía estos procedimientos ordenados por un médico graduado, en su propia vivienda, para no descuidar sus responsabilidades.

El suero subcutáneo (solución fisiológica) se aplicaba poco a poco en menores o ancianos deshidratados, en la cara anterior del muslo, con jeringas de 10 centímetros y agujas hipodérmicas previamente hervidas durante quince minutos, en cubetas de uso hospitalario.

Y Julieta pendiente, preguntaba cuánto veía.

A este hogar llega una pariente anciana que no tuvo hijos y ha quedado sola, pero cuenta con el afecto de esta familia que la recibe y le da alojamiento.

La anciana le toma un cariño especial a la pequeña hermana de Julieta de cinco meses de nacida y se

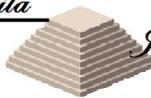


convierte en una persona muy útil en la atención de la niña y del otro pequeño, tres meses mayor.

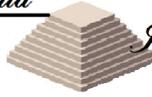
Ya ‘grandecitos’ y recostados en el suelo sobre una estera, toman sus teteros por sí solos y la nueva abuelita vigila; es así como conoce la picardía del varoncito que termina rápidamente su alimento y presto le saca de la boca el de la prima y se lo ‘empina’ también.

-Niña, niña, corre que la ‘negrita’ -así le decía ella- se quedó sin tetero. Las risas no se hacen esperar y rápidamente le sirven otro. Estos pequeños primos, criados juntos, crecieron bajo las costumbres de los abuelos y al cuidado de la mamá de Julieta.

*Socorro Santos de Ávila*



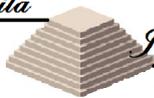
*Julietta: Toda una dinastía*



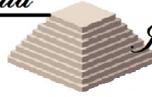
# Capítulo 9

## Folgorio y devoción

*Socorro Santos de Ávila*



*Julietta: Toda una dinastía*



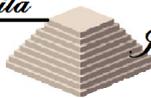
Las celebraciones religiosas y festivas del año en esta zona del país, se iniciaban con la fiesta de Reyes Magos y seguían los carnavales.

Cuatro días, de regocijo y sano jolgorio a partir del sábado hasta el martes, en los cuales el folclor nacional hacía gala de arte y belleza, representado en los tradicionales vestidos y bailes de cada región.

Cumbiambas, farotas, marimondas capuchones, constituían la alegría en salones y clubes y en las calles otros más populares como los cabezones, la gigantona, los coyongos, la muerte, los negritos -niños untados de carbón con aceite desde la cabeza hasta los pies y a medio vestir- que salían a intentar ensuciar la ropa de los caballeros, si no les daban dinero.

Los mayores se esforzaban en disfrazar a los niños, imitando los personajes de los cuentos infantiles y uno de estos, “Caperucita roja”, llamó siempre la atención de Julieta desde que su mamá o su abuelo se lo leían, desde antes de cumplir los tres años.

Así, en uno de estos días de carnaval, su madre y su abuela la ‘disfrazan’ de caperucita y a la pequeña tía-hermana de Julieta le hacen un disfraz de niño: pantalón corto sostenido con ‘máquinas’, camisa blanca por dentro



del pantalón, bigotes y patillas artísticamente dibujados en su blanca y pecosita cara.

Las llevan de visita para lucir sus disfraces a casas de familiares y amigos. Es así como conocen a una bella joven de quince años, que más adelante se convertiría en la esposa del mayor de los hermanos.

Seguido del martes de carnaval y hasta hoy, el miércoles es reconocido como “Miércoles de ceniza” y da comienzo a la Cuaresma, para honrar y recordar los cuarenta años que el pueblo de Israel, ancestros de Jesús de Nazaret, deambuló por el desierto en busca de la tierra prometida, luego de salir apresurados de Egipto, que solo llevaron pan sin levadura.

Para conmemorar este sacrificio la iglesia “recomienda”, a sus feligreses abstenerse de comer carne roja este miércoles y todos los viernes de Cuaresma.

Con una solemne Eucaristía en la que el sacerdote dibuja en la frente de sus fieles, una cruz de ceniza les recuerda que: “Polvo eres y en polvo te convertirás”, motivando el espíritu para recibir “La Semana Mayor”

Los feligreses además de participar en familia de todas las actividades religiosas, desde el domingo de Ramos hasta el domingo de Resurrección, compartían con



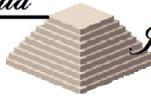
amigos y vecinos dulces de: guandú, de papaya con coco, de ñame, de yuca y otros más.

La mamá, la abuela y bisabuela de Julieta también se esmeraban en prepararlos siguiendo la tradición heredada de sus antepasados de mediados y finales del siglo XIX anterior.

Estas labores culinarias como otros oficios del hogar, terminaban obligatoriamente antes del jueves Santo, a riesgo de cometer “pecado” según los preceptos de la iglesia católica y a partir de este jueves, todo era recogimiento. Solo se escuchaba música clásica en las emisoras, hasta el mediodía del sábado.

Después de conmemorar la crucifixión y muerte de Jesús el viernes Santo, en los templos no repicaban las campanas por respeto a su memoria, y para invitar a la feligresía a continuar con los actos religiosos, un voluntario recorría en silencio las calles, haciendo sonar una matraca.

Un místico fervor crecía en la consciencia de cada Ser, por su llamado triste y sin musicalidad. El viernes el más significativo para el fervor religioso, era obligatorio bajo precepto, vestir ropa luctuosa de preferencia blanca.



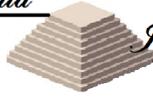
El domingo de Resurrección, desde las cinco de la mañana el pueblo católico se desbordaba en las iglesias, cantando con alegría:

-Resucitó, resucitó.

Se cumplen las profecías.

Nuestro Redentor  
el Mesías,  
da su vida en sacrificio  
Resucita  
al tercer día

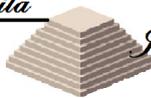
¡Hoy!  
La Santa Cruz de Jesús  
faro de amor  
y perdón,  
de alegría y redención...  
¡Es símbolo del cristiano!



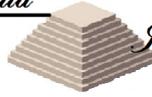
# *Capítulo 10*

## *Herencia de cultura*

*Socorro Santos de Ávila*



*Julietta: Toda una dinastía*



Cuántos poemas de Julio Flórez, Federico García Lorca, José Asunción Silva, Amado Nervo, don Francisco De Quevedo y otros, recitaban los abuelos en sus cumpleaños o fechas especiales como aniversario de matrimonio, se dedicaban poemas que ellos y sus hijos escribían.

La abuela mientras trabajaba en su máquina de coser cantaba en baja voz y a Julieta le atraía escucharla, entonces ella, oportuna la llamaba para que le ‘ensaltara’ la aguja.

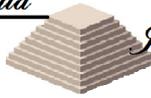
--Es que casi no veo, le decía.

-Aprendete esto “mochi”, así la llamaba ella.

Y comenzaba recitándole poemas chistosos subidos de color, creando con la menor confidencia y picardía. Otros en un lenguaje desconocido con su traducción, Julieta los aprende, enseñándoselo a su nieto mayor cuando este aún, era muy pequeño.

Preámbulo.

Consideremos un poco cuales serían los diferentes vocablos de expresión entre estos pobladores en donde varias etnias tenían asentamientos desde el siglo XIX anterior y por tradición oral la abuela de Julieta los había aprendido.



Y cito:

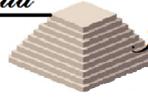
-Señor di'cundi'dio, señor di'cundi'dio (Juan de Dios), levántese y póngase los 'curubines' (pantalones) y también los 'garabitates' (zapatos) que munisicate (el perro) sofocó a moniate (el gato) y anda con 'clarencia' (candela) el perro le prendió la cola al gato y si no se anda con "paciencia" (agua) se le quema el pajarate (el techo).

Otro más:

-José de los Santos mijo, vaya donde mii compadre José de los Santos, su padrino, que me haga el cordial puntual (el favor) de prestarme su volcán escandaloso (la escopeta) para darle un tiro de caballería (para matar) al pájaro picotérico (el gavián) que ha venido a abusar de los inocentes pío píos (a comerse los pollitos) hijos naturales de la gallina cló, cló con el gallo cocoroyó.

Julieta conserva un libro con manuscritos de sus abuelos, de su mamá y de todos aquellos tíos hermanos que tanto quiso y hoy, descansan en paz y ama sus memorias.

La tía-hermana, un año mayor que ella, compañera de juegos y travesuras y con la cual asistió a la escuela primaria, aún vive y sus descendientes como los de los otros tíos, comparten por *whatsApp* con Julieta, algunas de estas vivencias y están a la espera para leerlas.



Y continuó.

En el mes de mayo la abuela enseñaba a recitar a su hija menor y a la nieta, poemas cortos, para agasajar a la Santísima Virgen. Julieta escribía algunos, que luego ella le revisaba, motivándola con un abrazo para que continuara y la pequeña feliz, corría a mostrárselos a su mamá, que también la felicitaba.

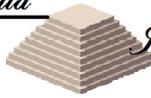
Su abuela, su abuelo, su madre y sus tíos cantaban todo el tiempo y con muy buena voz. Uno de ellos, aquel que sufrió la Disentería, destacaba entre todos, por su facilidad para interpretar rancheras de Antonio Aguilar, Agustín Lara, Cuco Sánchez, Pedro Infante, Jorge Negrete, pero su magistral elocuencia la desarrollaba para cantar las canciones de Miguel Aceves Mejía con su excelente falsete.

Julieta con solo seis años ya repetía aquellas canciones con falsete incluido. Cantaba todo el día y en ocasiones la mamá-abuela la increpaba:

--Muchacha deja esos ‘chillíos’

¿Chillíos?

Dueña de una fina voz (soprano) que todos admiraban, en ocasiones era una molestia. Julieta regañada, dejaba de cantar y al rato reiniciaba su algarabía.



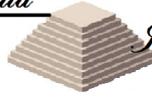
Orquestas como: La Sonora matancera, Pacho Galán, Lucho Bermúdez, La sonora cordobesa fueron grandes escuelas para el oído de la menor, que desde los cuatro años aprendió a bailar alentada por su abuela, al ritmo de una de las composiciones del maestro Pedro Laza: El cebú, con la cual la animaba

--Baila “mochi” baila, mueve los hombros.

Los domingos después de regresar de la Santa Misa, era casi un ritual escuchar estas grandes agrupaciones, cuyas composiciones grabadas en discos pesados de 78 revoluciones, con los sellos Fuentes, Sonolux y Rca Víctor, sonaban en un tocadiscos conectado a un radio Philips.

Las agujas metálicas del tocadiscos con el uso perdían calidad y lo rayaban. Aníbal Velásquez, otro de los grandes de nuestro folclor y rey del Chiquichá, a propósito de esta circunstancia grabó una pieza musical titulada Empújale la aguja y el coro repite “ese disco se rayó, ese disco se rayó”. Estas ‘venían’ en un pequeño estuche metálico y se reemplazaban con regularidad.

En el radio se sintonizaban las emisoras Fuentes de Cartagena y Unidas de Barranquilla, con mucha interferencia, sin embargo, las de Bogotá, como Radio Santa Fe de Bogotá y Emisoras Nuevo Mundo, se



escuchaban claramente, siendo esta última la elegida, por las radionovelas que transmitía.

De lunes a viernes, a una hora acostumbrada, las mujeres de la casa se reunían alrededor del rey de la sala 'el radio Philips' pero antes la abuela mandaba a Julieta a avisarle a las vecinas que no tenían radio, -que ya iba a empezar la novela-. Obediente y presta Julieta corría de casa en casa.

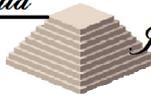
--Toc, toc, niña María, niña María, ¡La novela!

Y así presurosa tocaba en cada puerta para regresar a tiempo. Ella también hacía parte del selecto grupo de radioyentes.

Con un tinto la dueña de casa, recibía a sus amigas y era un buen momento mientras el radio se calentaba, para contarse sus propias novelas conyugales y de familia, entre lloriqueos, consolaciones y consejos de la abuela, a quien todas consultaban. Los comentarios de vidas ajenas no se hacían esperar, con el consabido preámbulo:

--Ustedes saben que a mí no me gusta el chisme, pero... bla, bla, bla...

En ese momento salía la mamá de Julieta a 'echarle un ojito' a su otra niña y sobrino menores de un año que



dormían, mientras en la cocina, la bisabuela adelantaba el almuerzo.

¡Y qué bien olían esas sopas!

A Julieta, la hacían salir a una señal visual de su mamá. Ella obediente salía para quedarse lo suficientemente cerca y estar pendiente de la emisora. En ocasiones interrumpía la tertulia de las señoras:

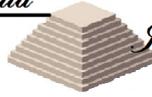
¡Mamá ya va a empezar!

Una cortina musical de fondo alertaba, seguida de un acostumbrado parlamento: “ábranse las puertas sonoras de la novela del aire, para hacer llegar a ustedes la emoción y el romance de un nuevo capítulo” y anunciaban: El Derecho de Nacer.

Media hora de llantos entre las oyentes, por la sufrida María Elena, la protagonista o de reprimendas contra el malvado Rafael Del Junco, padre de esta, por haberle quitado su hijo recién nacido, “el bastardo” como él lo llamaba y entregárselo a la nana María Dolores, con la estricta orden de dejarlo en un convento.

Terminada la radionovela cada una sacaba sus conclusiones intentando adivinar el final de tan argumentada historia.

Las vecinas volvían a sus casas;



--Nada de comentar, lo hablado hoy, con nadie.

Esta era la advertencia de la abuela cuando quedaban en familia y así se creó la cultura, de no contar hechos cuando no les correspondieran, así fueran ciertos.

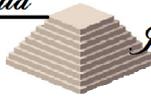
¡Palito en boca! Sentenciaba.

La salud de la familia era atendida en casa por el Doctor (...) uno de los mejores médicos del pueblo que avisado a tiempo, acudía a la casa para revisar al enfermo.

El galeno graduado como Médico Cirujano, sin especialización, era como un dios en cualquier familia, por su capacidad para diagnosticar, sanar y curar a sus pacientes.

Para ese día, las sábanas y fundas blancas, con tejidos de crochet hechas en casa por las manos de la mamá y abuela de Julieta embellecían el cuarto del enfermo.

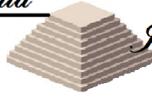
El Doctor también examinaría al resto de la familia por lo tanto se quedaba a almorzar: un exquisito mote de ñame, suero, queso y hojas de bleo y la acostumbrada salsa al gusto con el tomate cultivado en casa, que le daba a este mote un lugar preferencial en la gastronomía de la región, siempre acompañado de un blanco y volado arroz con ajo; todo preparado por las expertas manos de la bisabuela a quien también, revisaría el galeno.



La mesa de comedor lucía su mejor mantel blanco, tejido a mano en su contorno, por la mamá de Julieta. En un lugar del comedor, sobre una pequeña mesa rinconera, diseñada, elaborada y tallada por las manos del abuelo, destacaba un florero artesanal, con flores de bonche, - cayena sencilla- y azahar de la India para embellecer y perfumar el ambiente.

La abuela las cortaba con algunas de sus ramas, del jardín del patio, antes que calentara el Sol, para evitar que se marchitaran prematuramente.

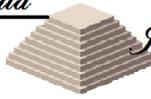
El tinto, servido en finas tazas de porcelana, era el postre digestivo obligado, después de tan opíparo almuerzo. En horas de la tarde el o la paciente presentaba mejoría y toda la familia agradecida con Dios, ofrecía un presente de reconocimiento al profesional, junto con el pago de sus honorarios.



# *Capítulo 11*

## *Diciembre*

*Socorro Santos de Ávila*



*Julietta: Toda una dinastía*



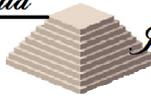
Desbordada de alegría, Julieta esperaba el mes de diciembre, por la llegada de la Navidad, para hacer el nacimiento o pesebre con la abuela y la solícita ayuda del abuelo, que elaboraba en madera la casita del niño Dios, dentro de la cual destacaba un ‘foco’ que le daba luz a todo el pesebre y a la morada de la familia de Belén.

La decoración y alumbrado del arbolito con instalaciones de diez ‘foquitos’ de colores en forma de ají, era exclusiva de la abuela. Julieta cualquier día, desarmaba todo y después de un regaño con ‘jalón’ de oreja, lo rehacía sola, así demostraba su capacidad e ingenio, que al final la abuela aprobaba.

Esta tradición perdura hasta hoy en la familia de Julieta, hijas y nietos de acuerdo a los avances y cambios modernos

La novena da comienzo el día dieciséis, pero años atrás, estos y otros oficios religiosos, eran funciones, solo del sacerdote en el templo.

Este desde las cuatro de la mañana despertaba a sus feligreses con los villancicos Tutaina, Zagalillo, Salve Reina y Madre, Yo soy Vicentico y muchos otros, desde el campanario de la iglesia que, amplificadas, se escuchaban en todos los rincones del pueblo. Estos



villancicos se convertirían desde siempre en el gran repertorio navideño musical de todos los años.

El sacerdote hacía tres llamados de campana antes de comenzar La Santa Misa: el primero, un campanazo media hora antes, el segundo dos campanazos quince minutos antes y el último tres campanazos para comenzar. Y en alegre caminata los abuelos con sus pequeños hijos y nieta hacían el recorrido antes de escuchar el segundo llamado para poder llegar a tiempo.

¡Y lo logran!

Pero la iglesia está llena y no encuentran lugar para sentarse.

El Sacerdote comienza la Santa Misa de las cinco y seguidamente reza la novena frente al hermoso pesebre que las expertas manos de las religiosas del colegio para niñas, habían elaborado.

Hay mucho fervor entre los asistentes coreando: “Ven a nuestras almas, ven no tardes tanto” Al finalizar el sacerdote imparte la bendición invitando a los feligreses a continuar con su asistencia diaria. Todos salen felices a la escucha nuevamente de algunos villancicos.

¡Se asoma el amanecer!



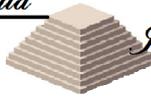
Las primeras luces del alba apenas se dejan ver, para observar un cielo bellamente cubierto de luceros y algún cachito de Luna creciente.

Las noches de diciembre se caracterizan por ser más largas que los días. ¡Hermoso fenómeno astrológico de La Creación en este lugar del planeta!

En ocasiones, de regreso a casa, la familia hacía un recorrido por el mercado para llevar algunos víveres y disfrutar, un desayuno “Gourmet”: empanadas de maíz con carne molida ricamente sazonadas o las preferidas de la familia, las de queso, igual que las carimañolas; o las arepas de sal o de dulce; (no se conocía la arepa e’ huevo), el tradicional tinto y el café con leche hervido con su pizca de sal, no podían faltar.

Una avena cocida con mucho hielo picado en un gran recipiente era una bebida de preferencia para muchos, pero la familia de Julieta no la apetecía por una leyenda que el pueblo repetía: “a esa avena le ponen huesos de muertos” para atraer clientes.

Todo el mes era jolgorio en el pueblo. Las fiestas en casa, para celebrar el regreso del soldado, desde principios de año, ahora en el mes del niño Dios se hacían más frecuentes.



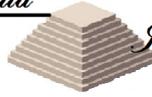
Por su carisma y juventud este ya tiene trabajo en el aeropuerto, en donde hace nuevas amistades, los cuales se unen al conformado grupo de amigos

Y, cómo disfrutaban el mambo de Pérez Prado, el Cha, Cha, Chá el Merecumbé de Pacho Galán, La Víspera de Año Nuevo de Guillermo Buitrago y la música de compositores costeños: Pedro Laza, Rufo Garrido, Crescencio Camacho y todos aquellos ya conocida por Julieta.

Las jóvenes bellamente vestidas con ‘trajes’ –vestidos- de faldas amplias debajo de las rodillas y blusas con mangas y ceñidas al talle, disfrutaban estos ritmos tomadas de las manos de los caballeros. Una de ellas por su piel ‘de ébano’ y carisma, se convirtió rápidamente en novia de uno de los dueños de casa.

La feliz madre que se divertía con las travesuras del hijo andariego y a veces embustero, ahora que lo había recuperado, se tornaba descuidada con sus llaves y solo descubría, cuándo era ‘atracado’ su baúl al percibir el olor de alguno de sus finos perfumes: Navidad o Tabú con el que su hijo se acicalaba antes de escaparse a ‘rumbiar’.

El perfume no distinguía género, pero más adelante la colonia Old Pace para caballeros sería la preferida de estos.



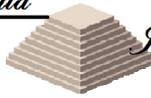
En una de estas furtivas salidas recién llegado del cuartel tal vez embarazó a la madre de su primer hijo. Su carácter mujeriego le proporciona otros hijos de los cuales una niña también reconocida por este es recibida en el hogar de los abuelos.

La fiesta de la Inmaculada Concepción el día ocho, abría las celebraciones religiosas de la iglesia, dando comienzo desde la noche del siete, con mucha iluminación con velas, artísticamente organizadas sobre ‘cruceros’.

Estos eran estructuras hechas en madera o guadua, de dos o tres soportes para sostenerse en el suelo, con una altura de menos de un metro y sobre la parte superior, listones que la atravesaban formando una gran T, con pequeñas tapas aseguradas con clavos, rellenas con vela derretida y mecha, luego encendidas en el frente de cada casa, mostraban un hermoso e iluminado escenario de devoción y fiesta.

El abuelo las elaboraba con anticipación con la ayuda de uno de sus hijos.

El día siete desde las seis de la tarde, víspera de la fiesta religiosa, en los pretilos o sardineles, calles y andenes de todo el pueblo se prendían muchas velas y variados diseños de cruceros. Los fuegos artificiales y la música

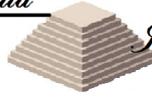


de viento a las afueras del templo, engalanaba el último día de la novena a la Virgen de la Concepción.

A la mañana siguiente, la asistencia a la Santa Misa solemne de las ocho, estaría muy concurrida. Además del fervor en sus asistentes, se exhibían sobre las cabezas femeninas, los mejores chales, requisito de respeto para entrar a la casa de Dios, y en la cabeza de las niñas los más hermosos lazos del color de sus vestidos, o boinas, las preferidas de Julieta.

La niña llevaba colgada en su antebrazo una pequeña cartera blanca nacarada que destacaba en el centro un pequeño camello de carey, como aplique de adorno, regalo que le hizo su madrina, al cumplir cinco años, allí guardaba un pañuelo blanco tejido en sus bordes y marcado con sus iniciales por su mamá, un diminuto rosario con cuentas en rojo y negro en su estuche de plata, regalo de su abuela que ella había heredado de la suya propia.

En el templo, las familias ocupaban la banca marcada con los apellidos de las mismas, ubicada bien cerca del altar para no perderse la ceremonia y para estar atentos, además, de tener a mano algunas monedas de uno o más centavos y meterlas en el saco que el sacristán pasaba de banca en banca, recogiendo la limosna voluntaria y secreta.



--Mami, mami ¿cuantas monedas metió? Pregunta Julieta.

-Shee con el índice en su boca en señal de silencio su abuela la mira.

-Eso no se pregunta, le responde en baja voz y le da un pellizco.

¡Lección aprendida!

Continúa la Santa Misa y la mayoría de los adultos previamente confesados reciben la Santa Comunión, de manos del sacerdote coreando algunos cantos como “Alma arrepentida” o Eres María hermosa, canto a la Santísima Virgen. Terminada la Eucaristía, el sacerdote anunciaba otro acto litúrgico.

La Bendición del Santísimo.

Algunos fieles salían en silencio mientras en el altar otro sacerdote cubría los hombros del celebrante con una capa ricamente decorada adicional, para tomar en sus manos el Sagrado Copón.

Un sacro recogimiento en los presentes arrodillados, hacía de este acto uno de los más sublimes de la iglesia.

El sonido ritual de las campanas, los aromas de los incensarios en manos del monaguillo en torno al altar,